

José Martí y Roberto Fernández Retamar: Perspectivas y debates sobre Literatura Latinoamericana¹

Alexis Uscátegui Narváez

Doctorando en Literatura Latinoamérica, Universidad Andina Simón Bolívar, Quito, Ecuador; Magíster en Etnoliteratura, Universidad de Nariño; docente investigador Facultad de Educación, Universidad Mariana, San Juan de Pasto, Nariño, Colombia. Correo electrónico: auscategui@umariana.edu.co

Fecha de recepción: 19 de septiembre de 2015

Fecha de aceptación: 23 de octubre de 2015

Como citar este artículo: Uscátegui, A. (2015). José Martí y Roberto Fernández Retamar: Perspectivas y debates sobre Literatura Latinoamericana. *Revista Fedumar Pedagogía y Educación*, 2(1), 67-76.

Resumen

La genealogía de la crítica literaria en Latinoamérica, surgió con los valiosos aportes escriturales del cubano José Martí, su obra construye un discurso latinoamericanista que rescata alternativas culturales heterogéneas, más aún, cuando su trabajo parte de un pensamiento anticolonial. Tanto sus creaciones literarias como sus trabajos periódicos y ensayísticos enmarcan un nuevo periodo del modernismo americano, por ello, Roberto Fernández Retamar lo consideró como un “crítico creador”. De manera que, en el presente artículo de reflexión, se plantea un diálogo del latinoamericanismo desde las posturas críticas y literarias de estos grandes pensadores del Caribe.

Palabras clave: Crítica, cultura, heterogeneidad, Latinoamérica, literatura.

¹ Artículo de Reflexión, producto del seminario Literatura Caribeña del Doctorado en Literatura Latinoamericana de la Universidad Andina Simón Bolívar de Ecuador.

1. Estado de la cuestión

Para comprender qué es el latinoamericanismo en América Latina, es menester escudriñar los fundamentos críticos que José Martí legó a este continente, puesto que es un pensamiento con objeto de inclusión social, que a su vez está lejos de aquellos discursos hegemónicos que no legitiman la diversidad de la cultura latinoamericana. Martí como creador y crítico, ha mostrado a su terruño el camino para apreciar la belleza de la vida a partir de las experiencias cotidianas, de aquellas huellas de patria que deja el dolor, sucesos imborrables para las mentes y los corazones de aquellos que aman su comarca; Martí con su creación poética, periodística, narrativa y ensayística, armonizó los criterios intelectuales de un pensamiento emancipador. Esto conlleva a repensar por qué no se tuvo en cuenta sus postulados en aquella época y muchos de sus coterráneos no siguieron su palabra, pues, en ese entonces el mundo colonial prevalecía ante la verdad martiana, porque su exhortación fue un valor perenne que fue más allá de la época en que se vivía, con ahínco siguió en marcha su misión oblativa, porque sentía “un amor por la justicia y la bondad humanas muy difícil de conciliar con el desasimiento del trascendentalista activo” (Casey, 1964, p. 19), todo esto hasta sus últimos crepúsculos en 1895.

De igual manera, Martí con su literatura manifestó una forma diferente de entender la historia, aquélla que funge como discurso de patria querida, de libertad, y no como la oficial que oculta la realidad, además, dinamizó la heurística latinoamericana a partir de la valoración de las prácticas culturales propias, por medio de un arte genuina para vivir en realidad la americanidad, de esta manera, se concibe un ejemplo a seguir para un latinoamericanismo digno, partiendo del hecho de comprender la propia esencia y llevarla al juicio del criterio verdadero. ¿Por qué seguir pensando en diferencias socioculturales?, si este tipo de postura es un eufemismo para no validar la multiplicidad de las razas en el mundo, y que en cierto modo ha llevado a las naciones a promover la discriminación racial; aunque para Martí (2005) “no hay odio de razas, porque no hay razas” (p. 38).

No obstante a lo anterior, se podría considerar, de mejor manera, la denominación de etnia como valor humanístico, como un tributo a la tierra, porque la etimología de “etno” no debe referirse solo a raza, porque su significancia inicia desde los seres ínfimos, por ello, el crítico cubano rebatió el etnocidio que generó Europa en América, un exterminio cosmogónico de los indígenas y su forma natural de vida,

estos acontecimientos generó en Martí la propagación de un enfoque crítico mucho más sólido, que le permitiera defender a capa y espada, las verdaderas raíces intelectuales de América, dando génesis a un latinoamericanismo heterogéneo, pues así se cumple la afirmación de Martí cuando expresa que “hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América” (Fernández, 2004, p. 38).

2. José Martí y su pensamiento emancipador

Martí manifiesta con experticia discursiva, un nuevo enfoque que devora las márgenes coloniales, destacando ante todo un latinoamericanismo oriundo por antonomasia; su obra poética es un ejemplo claro de una metáfora antropofágica, pero no del acto salvaje, sino del sutil suceso de engullir la opresión colonial, para vivir y entender el mundo de una mejor manera. Además, desterrando el pensamiento oprimido al cual Domingo Sarmiento insistía en que los indígenas no vislumbran ningún aporte para la cultura, para el progreso de la nación, y que los pueblos nativos debían ser más europeos, más norteamericanos, por ello criticaba el elocuente discurso de Martí, que en términos de Sarmiento debía ser más yanqui y menos latinoamericano; Roberto Fernández (2004) colige que:

Martí es radicalmente antirracista porque es portavoz de las clases explotadas, donde se están fundiendo las razas. Sarmiento se opone a lo americano esencial para implementar aquí, a sangre y fuego, como pretendieron los conquistadores, formulas foráneas; Martí defiende lo autóctono, lo verdaderamente americano. (p. 51).

Otro de los postulados martianos que construye al espacio del latinoamericanismo, es su gran ensayo titulado “Madre América” (1889), un discurso que implora pero a la vez irrumpe la represión de aquellos territorios americanos que sufrieron la lucha de la barbarie occidental. Martí muestra que América fue minoría desde hace mucho tiempo, pero que no se cansó de batallar como verdadera patria para alcanzar su gloria, su libertad a pesar de que aún no lo haya conseguido, debido a que la hegemonía europea no fue la última en pisotear dicha tierra, pues también llegó la vasta Norteamérica que impuso sus paradigmas de poder, pretendiendo enseñar a vivir bien al resto del continente americano con normas demagógicas, así lo menciona el propio cubano en la Conferencia Internacional Americana de 1889:

De lo más vehemente de la libertad nació en días apostólicos la América del Norte. No querían los hombres nuevos, coronados de luz, inclinar ante ninguna otra su corona. De todas partes, al ímpetu de la frente saltaba hecho pedazos, en las naciones nacidas de la agrupación de pueblos pequeños, el yugo de la razón humana, envilecida en los imperios creados a punta de lanza, o de diplomacia, por la gran república que se alocó con el poder; nacieron los derechos modernos de las comarcas pequeñas y autóctonas; que habían elaborado en el combate continuo su carácter libre, y preferían las cuevas independientes a la prosperidad servil. A fundar la república le dijo al rey que venía, uno que no se le quitaba el sombrero y le decía de tú. (p. 313).

Latinoamérica, lamentablemente ha sido un continente esclavizado, explotado por las grandes élites del mandato imperial, sus etnias han sido vendidas para cumplir trabajos impropios a su voluntad, los que tuvieron mejor suerte libertaria han logrado ingresar a los supuestos templos del conocimiento, la academia, pero también fueron presos de ideologías coloniales. Por ello, diacrónicamente han existido las revoluciones, las luchas imparables para buscar la libertad absoluta, así se explica por qué los grandes intelectuales de América han sacrificado sus años de vida para lograr un posible cambio por medio de sus palabras libertarias, pensamientos decoloniales que buscan la igualdad y no la homogenización del ser, la lucha siempre ha sido por el mismo ideal, ser libres, a pesar de que la forma de disputa haya sido diferente, bayonetas, cañones, armas de fuego, etc.; siempre derramaron sangre en esa búsqueda insaciable, la independencia; pero esa independencia no fue perpetua, pues siempre prevalecieron políticas de dominación:

El indio libre después del español no había más caminos que el que abría la vaca husmeando el pasto, o el indio que iba llorando su treno la angustia de que los hombres se hubiesen vuelto hombres lobos. Lo que come el encomendero, el indio lo trabaja; como flores que se quedan sin aroma, caen muertos los indios; con los indios que mueren se ciegan las minas. (Martí, 1881, p. 316).

Continuando con el debate sobre lo que se puede considerar como latinoamericanismo y luego de haber reflexionado la perspectiva americana de Martí, se puede decir que el latinoamericanismo es un discurso que va en contra de los paradigmas coloniales, es un instrumento de lucha ante las presiones físicas y conceptuales que promueven las tiranías occidentales; entonces, ser latinoamericano implica defender las riquezas y la humanidad dentro y fuera de la patria latinoamericana. En este Continente debe fomentarse la cultura de lo originario, porque Latinoamérica no es un tercer mundo, porque tiene la capacidad de crear y gobernar sus propios imperios, no es partícipe

del régimen europeo poscolonial. Parafraseando a Fernández, se diría que gracias a nuestro pensamiento latinoamericano, no nos hemos dejado convertir netamente en occidente y hemos seguido validando aquel oxímoron: “Imperio para la libertad”.

En esta óptica Martí (2005), es coherente en su concesión cuando colige: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo, pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas. Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas” (p. 34); en efecto, es factible recibir aportes y aprendizajes de otras culturas, pero sin olvidar lo propio. Asimismo, dicha cultura que hace parte de la inclusión, contempla un punto clave para discutir el debate sobre la heterogeneidad literaria; y es que efectivamente, en las sociedades latinoamericanas ha prevalecido un síntoma fatigante de lo poscolonial, es decir, a pesar de que se intente cada día ser más latinoamericano, siempre habrá una afugia de un pasado atroz que puede volver, en este caso de la literatura como arte, influir bastante en las políticas de supremacía estética y cultural; en términos de Julio Ramos (2009), la “pugna de discursos que conforman un campo son irreductibles a los espacios perimidos, aunque canónicos, de los grandes textos” (p. 351), con respecto a esta postura, lo que se ha denominado erróneamente como subliteratura se muestra como un espacio subversivo para legitimar la masa cultural y con ella la sociedad; en otras palabras, la misma literatura libera más que las propias batallas.

Si bien la influencia del modernismo finisecular en América Latina marcó su eje cultural, es prudente que se siga estableciendo un discurso colectivo de la patria entera, que permita cumplir con sus expectativas idealistas, así como lo hizo Martí en su tiempo, él no pensó desde su época, fue más allá de lo cotidiano para lograr perpetuar su pensamiento emancipador, puesto que su proyecto martiano buscaba la praxis de un pensamiento crítico que valide la existencia humana, de lo que realmente debe ser América; es por ello que, “la literatura podía proveerle a la sociedad moderna, al borde de la fragmentación, esa mediación con lo uno, la ‘juntura maravillosa’ que la atomización supeditaba” (Ramos, 2009, p. 365).

3. Para un pensamiento latinoamericanista perpetuo

Otro de los grandes aportes del Caribe para la construcción de la crítica literaria latinoamericana, es el cubano Roberto Fernández Retamar, gran seguidor de la obra martiana que también aportó para

los debates literarios contemporáneos. Uno de sus destacables estudios críticos es el libro titulado *Para una teoría de la literatura hispanoamericana* (1995 [2013]), en este documento Fernández asevera que existirá una literatura latinoamericana en la medida en que exista un pensamiento latinoamericano (p. 138), un pensamiento crítico autóctono, puesto que ningún texto que trabaje por separado de la esencia continental, contribuye a la formación de dicho planteamiento.

Es importante destacar en este apartado, que la Revolución Cubana conllevó a grandes escritores a crear literatura que reflejaba realmente la esencia americana, estas “creaciones tiende a expresar nuestros problemas y afirmar nuestros valores propios, sin dejar de asimilar críticamente variadas herencias, y contribuye así, de alguna manera, a nuestra descolonización” (Fernández, 2013, p. 88); en otros términos, se promovió desde la crítica de Martí que la literatura en este espacio continental debe trascender desde lo genuino, mostrando las verdaderas raíces latinoamericanas para no incurrir en las estéticas de la burguesía y la colonia; asimismo, es necesario reevaluar la postura que Harold Bloom (1997) establece en *El canon occidental*, al incluir tan sólo veintiséis escritores que figuran como autoridad cultural y literaria en el mundo, y que inverosímilmente dentro de este corpus, tan sólo Borges y Neruda son los únicos referentes latinoamericanos, más aún cuando este autor asevera:

[...] La crítica cultural es otra lamentable ciencia social, pero la crítica literaria, como arte, siempre fue y será un fenómeno elitista. Fue un error creer que la crítica literaria podía convertirse en un pilar de la educación democrática o de la mejora social. Cuando nuestros departamentos de Literatura Inglesa u otras literaturas se encojan hasta las dimensiones de nuestros actuales departamentos de Clásicas, cediendo casi todas sus funciones a las legiones de los Estudios Culturales, quizá seamos capaces de regresar al estudio de lo ineludible, a Shakespeare y sus escasos iguales, quienes después de todo, nos inventaron a todos nosotros. (pp. 6-27).

De lo anterior, se cuestiona el hecho de que algunos críticos se conforman con la memoria literaria, o sea, con aquellos autores que mantienen su nivel elitista y sus estéticas eruditas; mientras, que en la actualidad existen movimientos que pretenden irrumpir dichos esquemas, formar un legado literario, cultural y artístico, que explaye lo intercultural, esa es la intención de Fernández, que la literatura en América Latina surja de la reflexión de las experiencias propias, lejos de la tiranía europea.

Entre otras valiosas consideraciones para el discurso crítico literario en Latinoamérica, se encuentra el debate de la diversidad cultural, o también conocida actualmente como heterogeneidad cultural, de lo cual, Fernández sostiene que hacemos parte de una gran cultura disímil y para entenderla debemos partir del reconocimiento del ser *uno*, en pocas palabras se refiere al revaloramiento étnico de cada individuo, pues no se puede hablar de literatura latinoamericana sino se tiene en cuenta al afro, al indígena y al mestizo. Una de las posibilidades para lograr dicho indicador es la literatura, la novela, es una gran posibilidad para testimoniar la historia real, para denunciar las injusticias hegemónicas, añádase a esto una aclaración de Fernández (2013):

La línea central de nuestra literatura parece ser la amulata, la híbrida, la “ancilar”; y la línea marginal vendría a ser la purista, la estrictamente (estrechamente) *literaria*. Y ello por una razón clara: dado el carácter dependiente, precario de nuestro ámbito histórico, a la literatura le han solido incumbir funciones que en las grandes metrópolis les han sido segregadas ya a aquellos. De ahí que quienes entre nosotros calcan o trasladan estructuras y tareas de las literaturas de la metrópolis -como es habitual en el colonizado-, no suelen funcionar eficazmente, y en consecuencia producen por lo general obras defectuosas o nulas, *pastiche*s intrascendentes; mientras quienes no rechazan la hibridez a que os empujan las funciones requeridas, son quienes suelen realizarse como escritores creadores. (p. 109).

De lo mencionado, se puede afirmar que al destacarse dentro de la literatura propia la característica heterogénea, se efectuará una propuesta cultural inclusiva, una literatura latinoamericana para América Latina y el mundo. Además, es preciso agregar que para comprender las experiencias del continente americano, es necesario recurrir a la crítica como posibilidad de legitimar la literatura diversa, pues las creaciones literarias, entre ellas la novela, puede vislumbrar lo que otros discursos han opacado en su supuesta verdad, en efecto:

Historia y crítica literaria son como anverso y reverso de una misma tarea: es irrealizable una historia literaria que pretenda carecer de valoración crítica; y es inútil o insuficiente una crítica que se postule desvinculada de la historia: así como ambas mantienen relaciones esenciales con la correspondiente teoría literaria. (Fernández, 2013, p. 117).

La iniciativa de Fernández para destacar mejor las creaciones literarias latinoamericanas, fortalece también los imaginarios culturales que comparten las literaturas aborígenes e indigenistas desde su propio

mundo, al considerarse que existe una cultura macro, heterogénea, es apreciable valorar este tipo de discursos, porque a partir de sus propuestas literarias ayudan a entender mucho mejor el mundo, a apreciar la naturaleza en la que vive el ser humano. En esta medida Fernández (2013) aclara que:

La crítica de los colonizados, la crítica colonizada no sólo es incapaz, por supuesto, de dar razón de nuestras letras, sino que, de modo más o menos consciente realiza una tarea dañina, al tergiversar la apreciación de una literatura cuyo mérito central es, precisamente, contribuir a expresar y aun a afirmar nuestra especificidad. (p. 125).

Puesto que, al revelar mediante la literatura lo que realmente pasa en los sectores marginados, se reconoce realmente las propiedades heteróclitas de las letras latinoamericanas, porque:

La verdad es exactamente lo opuesto. Necesitamos pensar nuestra concreta realidad, señalar sus rasgos específicos, porque sólo procediendo de esa manera, a lo largo y ancho del planeta, conoceremos lo que tenemos en común, detectaremos los vínculos reales, y podremos arribar un día a lo que será de veras la teoría general de la literatura general. (Fernández, 2013, p. 134).

Dentro de este contexto cultural, Fernández lega fundamentos claros para saber asumir bien el rol de la crítica literaria latinoamericana, teniendo en cuenta que su función no debe centrarse en lo canónico y lo hegemónico, sino más bien construir un espacio disertador que integre pero que a la vez mantenga presente la diversidad; es decir, unificar una base literaria latinoamericana, pero comprendiendo que existe la diferencia cultural y étnica que coparte desde sus enfoques lo particular, sin estar netamente regido a un estructuralismo o a un formalismo. La crítica latinoamericana al presentar un juicio sobre la obra literaria, no debe excluir el objeto cultural que puede transmitir su variedad, porque en su contenido siempre habrá un contexto específico que aunque no cumpla con las normas o la clasificación de un canon oficial, debe mostrarse como alternativa literaria y pasar al juicio del criterio.

Naturalmente, nadie que quiera leer un poema, se irá a leer una crítica de ese poema, como nadie que quiera leer los astros se irá a leer libros de astronomía. Pero nadie podrá saber lo que son los astros, pensarlos y relacionarlos con el resto de la realidad, tan sólo con salir una noche a mirar el prodigioso cielo estrellado. (p. 138).

Con la anterior acotación se entiende que la literatura y la crítica, están estrechamente relacionadas y ninguna podrá fungir sin la otra; dicho en otras palabras, ninguna obra literaria podrá existir sin que haya una recepción crítica, y no habrá crítica sin la alternativa literaria. Por la carencia de un pensamiento crítico la obra deja de existir y el canon seguirá estereotipando, “en este sentido, la fuerza de una crítica latinoamericana se pone de manifiesto al ser capaz no sólo de enjuiciar nuestras cosas, sino también las cosas del resto del mundo” (Fernández, 2013, p. 139); parafraseando a este crítico cubano, la nueva literatura latinoamericana cobrará prestigio y visibilidad siempre y cuando haya un nuevo lector latinoamericano (p. 194), que se capaz de evaluar y legitimar aquellas literaturas olvidadas por el canon oficial, académico o individual. La verdadera literatura latinoamericana no es una unidad concreta, es heterogénea, y se construye por medio de sus posibilidades regionales y nacionales, “esto sería fundamental para explicar el interés del nuevo lector latinoamericano por esta literatura actual de Latinoamérica, así como la intercomunicación que testimonia este hecho” (p. 205).

En síntesis, es importante señalar que la literatura como espacio de creación, también es un conjunto de posibilidades donde la historia de la humanidad se puede exteriorizar, dicha actividad terrestre es heterogénea, pero, para validar dicha característica debe ir ligada a un campo de reflexión, de crítica ambivalente, destacando lo oficial pero también lo marginal; en cierto sentido, la literatura latinoamericana actual debe exhortar este tipo de escenarios, cada espacio geográfico del continente tiene gran variedad de propuestas literarias que no se conocen más allá de sus lindes nacionales, como la Amazonía, que en la actualidad, es un núcleo semántico que debe ser estudiado ineludiblemente, porque “sólo la familiaridad explica que casi nos ciñamos a aquella, pues nuestro horizonte, necesariamente, es el del conjunto de nuestra América, heterogénea y una” (Fernández, 2013, p. 340).

Bibliografía

Casey, C. (1964). *Memorias de una isla*. Cuba: Ediciones la Habana.

Fernández, R. (2004). *Calibán*. Buenos Aires: CLACSO.

_____. (2013). *Para una teoría de la literatura hispanoamericana*. Bogotá: Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo.

Martí, J. (2005). *Nuestra América*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho.

_____. (2012a). Coney Island. En: *Escenas norteamericanas y otros textos* (Selección, prólogo y notas de Ariela Schnirmajer). Argentina: Ediciones Corregidor.

_____. (2012b). Madre América. En: *Escenas norteamericanas y otros textos* (Selección, prólogo y notas de Ariela Schnirmajer). Argentina: Ediciones Corregidor.

_____. (2012c). Congreso Internacional de Washington. En: *Escenas norteamericanas y otros textos* (Selección, prólogo y notas de Ariela Schnirmajer). Argentina: Ediciones Corregidor.

Mignolo, W. (1997). Espacios geográficos y localizaciones epistemológicas: la ratio entre la localización geográfica y la subalternización de conocimientos. *Revista Dissens*, (3), 1-18. Recuperado de <http://www.javeriana.edu.co/pensar/Rev34.html>

Montenegro, L. (2014). América por y para americanos. *Boletín CEI*, 1(3), 27.

Ramos, J (2009). *Desencuentros en la modernidad en América Latina*. Caracas: Editorial el Perro y la Rana.

_____. (2012). El latinoamericanismo en las letras. Entrevistado por Santiago Cevallos. Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador.

_____. (2014). José Martí: genealogías de la crítica latinoamericana. *Revista ANDEX*, 1(1).